

## NACIONALISMO Y CIENCIA HISTÓRICA EN LA REPRESENTACIÓN DEL PASADO VALENCIANO\*

PEDRO RUIZ TORRES  
*Universitat de València*

La moderna historiografía guarda una estrecha relación con el nacionalismo. Ambos tuvieron sus orígenes en el último tercio del siglo XVIII y se alimentaron de la misma transformación intelectual que hizo posible la aparición de una forma radicalmente nueva de pensar el mundo y de intervenir en él<sup>1</sup>. A medida que se produjo el declive de los reinos dinásticos y de las ideas basadas en la religión, la nación dejó de vincularse a la persona del monarca y se convirtió en un concepto abstracto que daba vida –en palabras de Benedict Anderson– “a una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”<sup>2</sup>. “Imaginada”, en la medida en que sus miembros no llegaban jamás a conocer a la mayoría de sus compatriotas, pero en sus mentes vivía siempre la imagen de que había algo fundamental –unas tradiciones, una lengua, una civilización, una cultura– que

---

\* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación PB 93-0358-C02-01 financiado por la DGICYT. Una versión en inglés aparecerá próximamente en el *Bulletin of Hispanic Studies*, volumen coordinado por Paul Preston e Ismael Saz.

<sup>1</sup> La obra más importante que muestra esta transformación es sin duda el diccionario de conceptos históricos fundamentales publicado en siete tomos a partir de 1972: O. BRUNNER, W. CONZE y R. KOSSELLECK, *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1992. Sobre dicho cambio conceptual reflexiona R. KOSSELLECK en *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt, Suhrkamp, 1979 (*Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993), así como Jürgen HABERMAS, *Der Philosophische Diskurs der Moderne, Frankfurt, Suhrkamp, 1985 (El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989).

<sup>2</sup> B. ANDERSON, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1983, 2.<sup>a</sup> ed., revisada, 1991 (*Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993).

los unía fraternalmente en una “comunidad política”. “Limitada” por cuanto tenía fronteras, más allá de las cuales se encontraban otras naciones, en tanto su soberanía organizaba el conjunto de instituciones del nuevo Estado liberal surgidas de la ruptura con los viejos imperios y reinos dinásticos. El nacionalismo emergió, en consecuencia, como una combinación de ideología y de imaginario colectivo: de ideología ligada a las ideas políticas de soberanía popular y democracia; y de imaginario generador de identidad, en especial para individuos conscientes de que formaban parte de un grupo basado en una comunidad de cultura, historia, apego a un territorio concreto y proyecto de futuro<sup>3</sup>. Mientras eso ocurría, la historia misma cambió de naturaleza, lo que ayudó a concebir las naciones de una forma distinta.

La revolución intelectual del último tercio del siglo XVIII transformó el viejo concepto de historia. La indagación histórica al modo clásico perdió interés a medida que la minoría ilustrada tomó conciencia de la rapidez e intensidad del cambio social que se anunciaba en aquellos años. Desde la antigüedad grecorromana, el pasado había sido casi siempre un depósito de ejemplos en sí y por sí mismos significativos, cada uno de los cuales servía para iluminar de una forma general y recurrente una parte determinada de los asuntos humanos. En la nueva manera de pensar la historia, por el contrario, nada resultaba significativo fuera de la idea de proceso y de una temporalidad histórica en la que el pasado era por naturaleza distinto del presente y éste a su vez del futuro. La idea de proceso alentó la filosofía de la historia de Kant y de Hegel y al mismo tiempo se encontró presente en la nueva “ciencia de la historia”. En palabras de Hannah Arendt, “pensar, siguiendo a Hegel, que la verdad reside y se revela en el proceso temporal es característico de toda la conciencia histórica moderna, tanto si se expresa en términos específicamente hegelianos como si no. El surgimiento de las humanidades en el siglo XIX estuvo inspirado por el mismo sentimiento, por la misma apreciación de la historia y, por lo tanto, se distingue claramente de los renacimientos recurrentes de la antigüedad que tuvieron lugar en períodos anteriores”. En consecuencia, los hombres empezaron a leer como nadie había hecho antes. La verdad última ya no se suponía que residía en un libro particular, la Biblia, sino que “la misma historia era considerada un tal libro, el libro ‘del alma humana en general, por épocas y pueblos’, como Herder lo definió”<sup>4</sup>.

A medida que las naciones fueron imaginadas como comunidades políticas en evolución a lo largo de un tiempo homogéneo y secularizado, tuvo interés escribir una “historia general” que diera cuenta de los avances y de los retrocesos que jalonaban dicho proceso. Los conceptos de civilización y

---

<sup>3</sup> Tal como señala Montserrat GUIBERNAU, *Nationalisms: The Nation-State and Nationalism in the Twentieth Century*, Polity Press, 1996 (*Los nacionalismos*, Barcelona, Ariel, 1966).

<sup>4</sup> H. ARENDT, “History and immortality”, *Partisan Review*, 1957, recogido en el libro *De la historia a la acción* (selección e introducción de Manuel Cruz), Barcelona, Paidós, 1995, p. 52.

de cultura jugaron muy pronto un papel esencial en esa historia, no en vano uno y otro, como indica Norbert Elias, mostraban el despertar de las distintas formas de “conciencia nacional” de Occidente, unidas a la aparición de ciertos sectores intelectuales procedentes de la clase media de extracción burguesa que por entonces se desarrollaban de un modo diferente en Francia y en Alemania. La historia, concebida finalmente como una disciplina académica, comenzó a introducirse en las universidades a principios del siglo XIX, momento en que se crearon las primeras cátedras, precisamente en Francia y en Alemania. El nuevo cuerpo de “historiadores profesionales”, en el marco de las respectivas escuelas nacionales, elaboró los fundamentos metodológicos de la nueva “ciencia de la historia” y sustentó de ese modo el trabajo de interpretación del pasado que ellos mismos orgullosamente diferenciaron del de sus antecesores “eruditos” y “anticuarios”<sup>5</sup>. La historia, aprehendida hasta entonces como una pluralidad de ejemplos con fines la mayoría de las veces moralizantes, se convirtió en un singular colectivo: la suma de todas las experiencias humanas que identificaban y caracterizaban a cada una de las naciones. El concepto hacía referencia a la historia como realidad y a la historia como reflexión sobre esa realidad, una reflexión que tenía ahora consecuencias prácticas inmediatas. En vez de unir el presente con el pasado por medio de un tiempo estático que garantizaba el mantenimiento del orden tradicional, la nueva forma de entender la historia introducía un tiempo dinámico que cambiaba la relación entre ambos. La historia, en tanto procuraba un saber sobre el pasado con vistas a iluminar el futuro, se convertía en una guía para la acción, gracias a la cual los hombres podían esperar configurar su destino<sup>6</sup>.

A lo largo del siglo XIX hubo en España una historia deficientemente profesionalizada, como deficiente fue también el nacionalismo que la promovió desde sus orígenes<sup>7</sup>. A pesar de ello, de una forma similar a como

---

<sup>5</sup> Según Juan José CARRERAS, la historia como disciplina académica universitaria realizó su paso de la erudición a la ciencia en la pequeña ciudad de Göttingen, del Electorado de Hannover, en la segunda mitad del siglo XVIII. Allí, historiadores como Gatterer y Schlözer unían la amplitud de miras de un Voltaire, un Gibbon o un Montesquieu con el dominio de la erudición y la crítica textual, incorporando además las llamadas *Kameralkwissenschaften*, ciencias de la administración, que incluían la estadística. Aquellos profesores de historia creían en la capacidad de la ciencia histórica para formular teorías que conformasen el plan de exposición de la enorme masa de documentos acumulada por la erudición durante siglos. Cf. J. J. CARRERAS, “Teoría y narración en historia”, *Ayer*, núm. 12, Madrid, Marcial Pons, 1993, pp. 20-21. Gérard Noiriel dedica un extenso e interesante capítulo a la formación de la historia como disciplina científica en su libro *Sur la “crise” de l’histoire*, Paris, Belin, 1996, pp. 47-89 (publicado recientemente en castellano por Cátedra-Universitat de València, 1997).

<sup>6</sup> R. KOSELLECK, *Futuro pasado*, *op.cit.*; G. NOIRIEL, *op.cit.*, pp. 49 y ss.

<sup>7</sup> I. PEIRÓ, *Los guardianes de la historia*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 1995; Borja DE RIQUER, “Aproximación al nacionalismo español contemporáneo”, *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 12, año 1994, Universidad de Salamanca, pp. 11-29. Sobre el nacionalismo en la Península Ibérica véase también C. MAR-MOLINERO y A. SMITH, ed., *Nationalism and the Nation in the Iberian Peninsula*, Oxford, Berg, 1996.

ocurrió en Europa occidental, el desarrollo de la conciencia nacional influyó en el surgimiento de un nuevo tipo de historia, la “historia general de España”, en la que se unieron las nuevas exigencias metodológicas del trabajo con documentos y las demandas del nuevo público de extracción burguesa. Como ha puesto de relieve José María Jover, dicho género tuvo un claro protagonista: la nación española. “El narrador proyectó sobre las grandes encrucijadas que jalonaban la trayectoria de su protagonista, unos criterios valorativos de raíz específicamente ‘nacional’, que subrayaban la continuidad de un *Volkgeist*, unas veces en posición triunfante y otras ominosamente doblegado”<sup>8</sup>. Durante el siglo XIX el carácter nacionalista de la historiografía liberal española siguió muy de cerca el modelo de la *Histoire Générale de la Civilisation en France* (1830), de François Guizot, que se manifestó claramente en la *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días*, de Modesto Lafuente, publicada en treinta tomos entre 1850 y 1867, la obra de historia más difundida y valorada durante la segunda mitad de la centuria. Semejante concepción nacionalista no sólo se mantuvo, sino que quedó reforzada cuando, durante el cambio de centuria, la historia se convirtió en una disciplina en manos de profesionales. Gradualmente, los políticos, literatos, filósofos y periodistas de mediados del siglo XIX, poco formados en el método crítico, dejaron paso a los eruditos profesionales del cuerpo de archiveros funcionarios de la Administración del Estado y, más tarde, en los primeros años del nuevo siglo, a los profesores universitarios aplicados al estudio de la ciencia histórica<sup>9</sup>. Con evidente retraso, la historia empezó entonces a tener un papel importante en las universidades, sin que el nacionalismo historiográfico variara sustancialmente de carácter.

Así, la “historia general de España” y la “historia de la civilización española” identificaron sin más la nación con el Estado y asumieron plenamente la idea del predominio de Castilla en la formación inseparable de ambos. Esa fue quizás la característica más sobresaliente de la historiografía decimonónica, que aún se encontraba presente en la obra de Rafael Altamira, uno de los principales artífices de la renovación de la disciplina en España. En un medio intelectual dominado por semejante nacionalismo, los historiadores privilegiaron en sus análisis determinados espacios, personajes y períodos. Tanto la historia que se enseñaba en las universidades españolas, a bastante distancia de la madurez metodológica alcanzada por las escuelas francesa o alemana, como la que promovió el Centro de

---

<sup>8</sup> J. M.<sup>a</sup> JOVER, “Caracteres del nacionalismo español”, *Zona Abierta*, núm. 31, abril-junio 1984, p. 8. Véase también B. CLAVERO, “Cortes tradicionales e invención de la historia de España”, separata de *Las Cortes de Castilla y León 1188-1988*, Valladolid, 1990, pp.149-195, y P. CIRUJANO, T. ELORRIAGA y J. S. PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español, 1834-1868*, Madrid, Centro de Estudios Históricos del C.S.I.C., 1985.

<sup>9</sup> I. PEIRÓ y G. PASAMAR, *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, Anabad, 1996, e I. PEIRÓ, *op.cit.*

Estudios Históricos desde su fundación en 1910, que compartía los ideales reformadores de la Institución Libre de Enseñanza, presentaban una nación española “forjada desde Castilla”. La mayoría de los intelectuales formados en esa cultura nacionalista tendieron a identificar el “problema de España” con el del auge y la decadencia castellanos. Las demás “provincias” o “regiones” interesaban poco en sí mismas y sólo en la medida de su contribución respectiva al proceso hegemónico por los valores históricos castellanos. La “civilización”, como llegó a escribir el historiador Rafael Altamira, era un todo orgánico que comprendía el conjunto de los hechos materiales y espirituales de un pueblo determinado. La “historia de la civilización española” mostraba los avances y los retrocesos del “pueblo español”, cuyo máximo esplendor –la época de la “supremacía española”– coincidía con el inicio del proceso centralizador promovido por los Reyes Católicos desde Castilla. La temprana centralización logró impulsar la acción del Estado y defender los intereses nacionales que representaba. Tras una larga etapa de “decadencia”, durante el reinado de los últimos Austrias, se produjo el “renacimiento del siglo XVIII” y la revolución del siglo XIX, que cumplió casi por entero el ideal centralizador y unificador de la moderna monarquía. Las antiguas diferencias y privilegios territoriales y sociales desaparecieron al imponer el Estado las mismas leyes a todos los españoles. La reacción de finales del siglo XIX contra el unitarismo planteó sin embargo un problema nuevo y de gran trascendencia histórica para España: el de la autonomía de algunas de sus “regiones”. Pero en cualquier caso, a lo largo de todo este progreso continuo, movido por el “ideal de vida civilizado”, la “historia de la civilización” era, desde los “tiempos primitivos”, la historia del pueblo español y de la nación española. A veces ese progreso había quedado interrumpido, como ocurría ahora en los terribles años de la guerra civil de 1936-39. Desde el exilio, en plena posguerra, Rafael Altamira terminaba su libro llamando la atención de las Naciones Unidas sobre el grave problema de la falta de libertad de un pueblo depositario de una cultura milenaria<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> R. ALTAMIRA, *Historia de la civilización española*, “Manuales Soler XXIX”, Barcelona, 1902, reeditada con cambios importantes en 1929, lo fue de nuevo en 1945 añadiendo un capítulo que abarca la etapa de 1923 hasta los primeros años de la posguerra española. Hay una edición reciente de esta última, con estudio preliminar a cargo de Rafael Asín, Barcelona, Crítica, 1988. Sobre el nacionalismo español de finales del siglo XIX y primer tercio del XX, I. FOX, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997. No podemos referirnos a la concepción de la historia de Rafael Altamira con la extensión que merece, mucho más compleja e innovadora de lo que cabría deducir de su identificación con el nacionalismo español predominante. Para hacerse una idea de ello, cf. A. ALBEROLA, ed., *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987, y Carolyn P. BOYD, *Historia Patria. Politics, History, and National Identity in Spain, 1875-1975*, Princeton University Press, 1997, cap. 5, pp. 122-164. En cuanto a la historia enseñada y su influencia en la formación de una conciencia nacionalista véase Pilar MAESTRO, especialmente el capítulo cuarto de su tesis doctoral, inédita, *Historiografía y enseñanza de la historia*, Alicante, 1996, 2 vols.

Durante el siglo XIX y la mayor parte del XX, hasta la trascendental ruptura que se produjo en los años sesenta, la historiografía valenciana mantuvo una clara orientación acorde con el nacionalismo español predominante. Ello no fue un obstáculo para que, muy pronto, surgiera una visión particularista de nuestro pasado congruente con dicha óptica. En la primera mitad del siglo XIX, desde ideologías políticas tan opuestas como el tradicionalismo antiliberal (Xavier Borrull) y el federalismo republicano (Vicente Boix)<sup>11</sup>, hubo quien se interesó por el pasado valenciano con vistas a fundamentar la nación española, pero a partir de una concepción no centralista del Estado. En los escritos de los autores citados las viejas instituciones forales de origen medieval eran desgajadas de su correspondiente contexto feudal y estamental. Situadas en un pasado románticamente idealizado, su estudio servía al mismo tiempo para exaltarlas con fines políticos. El neoforalismo romántico dejó sentir igualmente su influencia en el regionalismo político valenciano de finales del siglo XIX. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió en Cataluña, el valencianismo de la *Renaixença* no llegó a promover una alternativa nacionalista a la España sacudida por la crisis del 98. La historiografía valencianista se limitó a una serie de estudios de carácter literario o erudito, dedicados a recuperar la historia valenciana con enfoques predominantemente localistas. Muchos de esos estudios asumieron plenamente el marco de las tres provincias (Alicante, Valencia y Castellón) en que desde 1833 había quedado dividido el antiguo Reino de Valencia. Otros, por el contrario, fueron más lejos y reivindicaron la antigua unidad territorial, contraponiéndola a la separación interna promovida por el Estado liberal. En todos los casos, sin embargo, los eruditos y los políticos regionalistas quedaron muy lejos de cuestionar con sus ideas y su trabajo el marco más amplio de la historia general de España, aunque consideraran dicha historia desde una vertiente distinta de la puramente castellana y trabajaran por recordar el particularismo histórico valenciano.

Ejemplo destacado de ello es el libro *Historiografía valenciana*, de Francisco Almarche Vázquez, publicado en 1919, en los años en que surgió la primera plataforma política verdaderamente sólida de corte valencianista<sup>12</sup>. En las primeras páginas de dicho estudio, que es una buena muestra del carácter y del desarrollo alcanzado por la historiografía regionalista en las primeras décadas de nuestro siglo, se manifiesta claramente la voluntad de

---

<sup>11</sup> X. BORRULL, *Fidelidad de la ciudad y reyno de Valencia en tiempos de las guerras civiles que empezaron en 1700*, Valencia, 1810; *Tratado de la distribución de las aguas del Río Turia y del Tribunal de los Acequeros de la Huerta de Valencia*, Valencia, 1851. V. BOIX, *Historia de la ciudad y del reino de Valencia*, 3 vols., Valencia, 1845-1847, ed. facsímil, Valencia, 1978; *Apuntes históricos sobre los Fueros del Antiguo Reino de Valencia*, Valencia, 1855. Véase la biografía publicada por Eduardo ORTEGA, *Vicente Boix*, Valencia, Ed. Alfons el Magnànim, 1987.

<sup>12</sup> Véase, para recrear dicho contexto, A. CUCÓ, *El valencianismo político*, Barcelona, Ariel, 1977, especialmente pp. 96 y ss., así como V. FRANCH, *El nacionalisme agrarista valencià (1918-1923)*, València, Prometeo, 2 vols., 1980.

entroncar con la escuela valenciana de los siglos XVI y XVII, “iniciada en las doctrinas reformadoras y críticas del genio valenciano Luis Vives, continuada luego por los Jaime Pérez, Pérez Bayer, los hermanos Mayans, Cerdá, Teixidor, Sales, Rodríguez, Galiana, Villanueva, Sala, Martí, Ribelles y, en épocas más modernas, por Gonzalo Morón, Boronat y el Canónigo Chabás”. La mayoría de ellos, conviene aclararlo, eran eclesiásticos con una antigua formación histórica erudita. Todos representaban, en palabras de Almarche, “una no interrumpida cadena de investigadores y tratadistas prez y ornato de una gran nación”. Pero la palabra nación, al estudio de cuyo pasado se había entregado la citada escuela histórica valenciana, no admitía equívocos. El autor del libro la aplicaba a la única realidad concebible por el regionalismo valenciano de aquella época, esto es, a la nación española. “La escuela crítica valenciana llena toda España con los nombres de sus preclaros seguidores” y contribuye al desarrollo de la historiografía “en el reino de Valencia”. Combina ambos intereses sin ningún problema, porque: “estos diligentes cultivadores de la verdad histórica, consultan los archivos, acopian manuscritos, acumulan documentos, deshacen fábulas, compulsan fechas, depuran los materiales para la Historia de España, al mismo tiempo que comienzan la bibliografía y dejan bien provistos almacenes de refinados materiales para reconstruir la moderna historia, moderna en el sentido expositivo, de la ciudad y reino de Valencia, amplia y extensa, heroica y grande, no como quisieran acostumbrarnos a concebirla y verla, raquíta y pequeña a través de prisma divisional en provincias artificiales, sin tradición ni prosapia con intento único de ser desligadas de su pasado”<sup>13</sup>.

No cabe duda que el regionalismo valencianista consiguió ampliar el horizonte de la investigación histórica al promover una historia valenciana fundamentada en los documentos. El propio trabajo de Almarche insiste en requerir, para esa nueva historia, “el necesario auxilio de los Archivos y monumentos y demás elementos de prueba y consulta para el esclarecimiento de la verdad”; todo ello de acuerdo con “el más amplio y moderno concepto que los tratadistas exigen para la formación de la historia de un pueblo”. Por dicha razón, el citado estudio aporta una relación de dietarios, libros de memorias, diarios, relaciones y autobiografías inéditos y referidos al antiguo Reino de Valencia, que siguen un orden cronológico desde la Edad Media hasta mediados del siglo XIX. Los ciento treinta y nueve brevísimos apartados en que se divide el trabajo van dedicados a cada uno de los referidos documentos, con una descripción bibliográfica, la historia del manuscrito y los datos biográficos del autor, si no es anónimo, “a fin de obtener exactamente y conocer la fe y la autoridad que nos merezca como relato histórico”. Concebida así la “moderna historia”, de un modo distinto

---

<sup>13</sup> F. ALMARCHE, *Historiografía Valenciana*, Valencia, Imprenta “La Voz Valenciana”, 1919, pp. 12-13.

a las grandes crónicas de los Viciano, Beuter, Escolano y Diago, la materia principal de las investigaciones dejaba de ser únicamente los sucesos importantes, dignos de figurar junto a las hazañas de los Reyes, “a la manera del concepto antiguo y clásico de sentir la historia”. Las nuevas fuentes, “que no por ser humildes son despreciables”, proporcionaban por el contrario una gran cantidad de datos no contaminados “por el fango de la verdad curialesca”. Sin pretensiones de estilo, “acumulaban cuanto en sus relaciones sociales habían ido adquiriendo”: chismes, crímenes impunes, gacetas diarias, relatos de fiestas públicas y privadas, ocupaciones de ricos y menestrales, “todo lo que constituye un verdadero cuadro de la vida ciudadana... verdadero retrato de la agitación y bullicio de estas poblaciones donde el deseo de hablar y la libertad de crítica andaban juntas que en un pueblo libre se daban, consciente que fue de su valer, educado por sus leyes para gobernarse a sí mismo”<sup>14</sup>.

La “moderna historiografía valenciana” reclamaba de ese modo el interés por la cultura ciudadana, en sustitución de las empresas guerreras y de los grandes acontecimientos ensalzados por los cronistas clásicos. Manifestaba así su carácter de historiografía vinculada a las preocupaciones y los intereses de la clase media burguesa, a diferencia de aquella otra que había exaltado las gestas guerreras de los reyes y la aristocracia. Sin embargo, su especificidad valenciana se encontraba evidentemente en otra parte. El conservadurismo ideológico la había orientado en una dirección muy distinta de la del progresismo liberal: hacia la recuperación de las tradiciones y las peculiaridades del antiguo Reino de Valencia, en vez de hacia el “ideal de vida civilizado” del pueblo español concebido como un sujeto colectivo superador de los respectivos particularismos. Siempre dispuesta a entroncar con la vieja tradición erudita de corte eclesiástico<sup>15</sup>, la historiografía valenciana de principios de nuestro siglo encontró su principal apoyo metodológico en la renovación promovida por el cuerpo de archiveros-historiadores al que pertenecía el propio Francisco Almarche. Tanto la ideología conservadora como la metodología histórica procedente de la antigua escuela crítica y de la moderna erudición profesionalizada diferenciaban la historiografía valenciana de corte regionalista de la historiografía liberal que por entonces se desarrollaba en la Universidad de Valencia y en general en la Universidad española.

El valencianismo y la historiografía regionalista valoraron sobremanera el pasado medieval que había dado origen al reino de Valencia y al mismo tiempo al moderno pueblo valenciano. El nuevo reino, creado en el siglo XIII por el rey Jaime I dentro de la Corona de Aragón, era para dicha historia el inicio de la nueva época, violentamente clausurada a principios del

---

<sup>14</sup> F. ALMARCHE, *op. cit.*, pp. 9-10.

<sup>15</sup> Sobre, en general, la historiografía del siglo XVIII véase A. MESTRE, “Historiografía”, en F. AGUILAR, ed., *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Trotta-CSIC, 1997, pp. 815-882.



siglo XVIII por el centralismo de los Borbones. La idealización neorromántica de dicho pasado nos lo presentaba como un momento esplendoroso de nuestra historia en el que “un vecino honrado por el hecho de ser ciudadano podía ocupar las más altas magistraturas y sentarse junto a sus Reyes y oponerse a sus actos ilegales”. La actitud de Francesc de Vinatea en el siglo XIV, al que de este modo se hace referencia, oponiéndose en nombre de la ciudad de Valencia a la entrega en feudo de algunas de las ciudades y villas reales más importantes, y la revuelta de las Germanías en el XVI, simbolizaban la fuerte resistencia del mundo ciudadano, en palabras de Almarche, “contra el exótico despotismo que entraba por las puertas de aquel diminuto Estado, conculcando sus fueros, haciendo caso omiso de sus Parlamentos, teniendo como letra muerta sus privilegios”. Las “dinastías extranjeras” habían llevado a España por derroteros “que no eran el ideal de sus Reyes privativos y para allegar recursos no repararon en medios”. Así, de esa manera, la idealización del pasado medieval y del régimen foral mantenía la visión de la historia elaborada por Francisco Xavier Borrull, de quien se llega a afirmar que era “la encarnación del antiguo y genuino carácter valenciano”. Sus arengas en favor de las instituciones españolas, “frente a los secuaces de Bentham”, apoyaron “un modelo de Constitución en la organización del reino valenciano por Jaime I... (que) mostraba el espíritu democrático, igualitario y adelantado de aquel Código... con el propósito de encaminar a la opinión y a los Diputados de la nación por senderos y vías genuinamente españolas y apartar funestas novedades cuyos frutos tuvo la amargura de probar”<sup>16</sup>.

El regionalismo valenciano, con el respaldo de ese tipo de historia, echó mano del pasado para crear sus propios mitos: el rey Jaume I fundador del “moderno Estado” valenciano; los fueros que protegían las “libertades medievales” y eran “verdaderos antecedentes del liberalismo democrático”; Francesc Vinatea, el “héroe ciudadano” enfrentado a la monarquía autoritaria; la revolución de las Germanías, concebida como “revuelta del pueblo” contra el absolutismo. La historiografía regionalista hizo un esfuerzo por introducir el empirismo y el método crítico a partir del viejo y del nuevo saber erudito. El valencianismo de finales del siglo XIX y primer tercio del XX, por su parte, al contrario que el catalanismo, no llegó a transformarse en un movimiento nacionalista y durante mucho tiempo careció del respaldo de una historiografía de carácter universitario. Como ha puesto de relieve Pau Viciano, el medievalismo valenciano era en realidad la única historiografía vigente y nació ligado a una *Renaixença* de poca monta e ideológicamente conservadora. Los eruditos y los cronistas regnícolas no eran historiadores universitarios, sino políticos en activo –abogados y propietarios rurales– o eruditos de procedencia eclesiástica que compartían la misma

---

<sup>16</sup> F. ALMARCHE, *op. cit.*, pp. 15-16. Sobre el romanticismo ochocentista en relación con la figura del rey Jaume, E. BELENGUER, *Jaume I a través de la història*, 2 vols., València, Eliseu Climent Editor, 1984.

visión tradicional del pasado y unos orígenes sociales comunes<sup>17</sup>. La historia jurídica e institucional que escribieron se propuso fundamentar un particularismo valenciano compatible con el sistema político de la España de la Restauración. Manuel Danvila –diputado a Cortes por el partido conservador, ministro de la gobernación y senador–, el canónigo Roque Chabás –director de la revista *El Archivo* (1886-1893)– el bibliófilo y también diputado a Cortes José Serrano Morales, el eclesiástico José Sanchis Civera, José Martínez Aloy –alcalde de Valencia– o Ignacio Villalonga –futuro dirigente de la derecha regionalista durante la Segunda República– son algunos de los nombres más representativos de esa historiografía valenciana. Los estudios que publicaron no pasaron de ser investigaciones parciales sobre aspectos tales como el derecho foral valenciano, la diócesis valentina, los municipios, las Cortes y la Diputación del antiguo Reino. Así, mientras por esos mismos años veía la luz la *Història nacional de Catalunya*, de Antoni Rovira i Virgili (1922), y la *Història de Catalunya*, de Ferrán Soldevila (1934), la única historia general de la “ciudad y del Reino de Valencia” continuó siendo durante mucho tiempo la de Vicente Boix, publicada a mediados del siglo XIX, con un autodenominado “espíritu de provincianismo” del que el autor hacía gala desde el principio mismo de la obra.

Con todo, la erudición regionalista en general tuvo cierta importancia en la transformación que comenzó a manifestarse después de la dictadura de Primo de Rivera. El destacado arqueólogo y prehistoriador catalán Pere Bosch i Gimpera, rector de la Universidad de Barcelona, en la conferencia de inauguración del curso académico 1936-37 de la Universidad de Valencia, estableció una clara diferencia entre la visión tradicional, oficial, ortodoxa de España, aprendida en la escuela y presente en casi todos los discursos políticos, y el nuevo concepto plural y democrático de España que por entonces se abría paso entre los partidarios de la República<sup>18</sup>. La historia oficial “partía de la idea dogmática de la unidad y cohesión esencial de España y de su civilización, como un ente metafísico. Era consustancial con ella la misión de España en América, la defensa de la unidad religiosa, la realización, prefigurada en la época romana, de España por Castilla y por la monarquía desde Ataúlfo a la dinastía borbónica”. Puesta en peligro por los musulmanes, España era imaginada como si fuera un ente reconstruido durante la Reconquista y culminado con los Reyes Católicos, los verdaderos restauradores de la nación española y el punto inicial de su grandeza. Desde entonces, “los valores castellanos, sublimados por el Imperio, entre ellos la lengua, se han convertido en los valores españoles por antonomasia. Cuanto no se ajustaba al esquema era herético. El hecho de Portugal se

---

<sup>17</sup> Pau VICIANO, *La temptació de la memòria*, València, Eliseu Climent Editor, 1995, pp. 22-23.

<sup>18</sup> P. BOSCH GIMPERA, “España”, publicada en octubre de 1937 en la revista *Anales de la Universidad de Valencia*, número 1, segunda época.

consideraba una Rebelión, el de Cataluña, obstinándose en renacer, en cuanto pasaba del mero romanticismo literario o folklórico e intentaba una cristalización política, se condenaba duramente”. Para Bosch Gimpera, por el contrario, sólo había una cuestión evidente: “la unidad geográfica de la Península Ibérica, la relación entre sus Estados y sus pueblos, la analogía de los elementos étnicos que los constituyen, a pesar de sus fuertes diferencias, así como los acontecimientos vividos en común y la participación de unos y otros en la formación de determinados valores culturales, no siendo los mismos ni en la misma proporción. Esto crea una solidaridad, una hermandad, una cierta cultura en común. Pero una Nación unitaria, y menos la necesidad de admitir la identificación de determinado pueblo y de determinada cultura con el todo, de ninguna manera”.

Las dos excepciones a esa idea ortodoxa de España que Pere Bosch Gimpera criticaba procedían nuevamente de dos ideologías tan opuestas como el tradicionalismo antiliberal y el federalismo republicano. En opinión del rector de la Universidad de Barcelona, Menéndez y Pelayo aprendió de su maestro, Milá i Fontanals, la existencia de la lengua, la literatura y la cultura de Cataluña. Su tradicionalismo enlazaba sin mayor problema con el reconocimiento de la diversidad, una diversidad que desde el ultraconservadurismo se enfrentaba a la uniformización pretendida por el nuevo Estado liberal. Por su parte Pi i Margall, desde la corriente más democrática del liberalismo, había promovido la alternativa federalista, ensayada sin éxito en 1873 con la proclamación de la Primera República. Uno y otro constituían la excepción al modo de concebir la historia tradicionalmente dominado por la idea unitaria y castellana de España. Con todo, a quien Pere Bosch Gimpera citaba con profusión en apoyo de su nueva idea de España era a Manuel Azaña, el intelectual y político que se había convertido en jefe del Estado español durante la Segunda República. Las críticas que el líder republicano hizo en repetidas ocasiones a la historia ortodoxa oficial sustentaban el proyecto político con el que simpatizaban los universitarios como Bosch Gimpera. Se trataba de ir construyendo una España plural en sus pueblos y en sus culturas, respetuosa a la vez con todas las tradiciones, sin que ninguno de los distintos pueblos que la componían pudiera asumir la representación exclusiva, ni atribuir patentes de heterodoxia a los demás.

En la Universidad de Valencia, durante los años de la Segunda República, la renovación de la historia pasó también al campo del valencianismo. Dentro del republicanismo, una corriente valencianista cada vez con mayor influencia promovió la creación del Centro de Estudios del País Valenciano en 1937. Dos de los más destacados intelectuales de ese republicanismo valencianista, Emili Gómez Nadal y Manuel Sanchis Guarner, vieron más tarde truncadas sus respectivas carreras universitarias y ambos sufrieron la represión del régimen franquista. El historiador Emili Gómez Nadal hubo de exiliarse a Francia y el filólogo Manuel Sanchis Guarner permaneció varios años encerrado en un campo de concentración en España. La dictadura persiguió tanto al nacionalismo que se reclamaba español a la manera de Azaña, como

al republicanismo valencianista. En cambio permitió a los regionalistas de derechas que prosiguieran su exaltación de una Valencia siempre dispuesta, según la letra de su “himno regional”, a “ofrendar nuevas glorias a España”. Hubo que esperar mucho tiempo para que la situación cambiara.

Hay pocos libros que al mismo tiempo hayan tenido un impacto tan grande en la renovación de la historiografía y en la transformación de la conciencia nacionalista valenciana como el publicado en 1962 con el título *Nosaltres els valencians*. Treinta y cinco años después, todavía hoy sigue siendo imprescindible para situar el debate sobre el “problema valenciano” que continúa vivo. Del libro de Joan Fuster se ha escrito que “separa la historia de nuestra prehistoria”<sup>19</sup>, lo que resulta menos exagerado si se piensa en el tipo de historia que dominaba el panorama valenciano a principios de los años sesenta. Las ideas contenidas en dicho ensayo contribuyeron decisivamente a provocar una explosión de trabajos de historia, de sociología y de economía sobre la “cuestión valenciana” de tal envergadura que, en apenas un par de décadas, se escribió más sobre el “problema valenciano” que en todo el siglo precedente. De hecho, es a partir de la publicación de *Nosaltres els valencians* que podemos hablar de una “nueva historia” del País Valenciano, una “historia social”, una “historia problema”, a la manera de la escuela francesa de los *Annales*. La influencia de dicho ensayo en ese sentido fue muy grande. A diferencia de la clásica monografía erudita, en la reconstrucción histórica del País Valenciano propuesta por Fuster había una visión de conjunto orientada por algún tipo de problemática de índole social. Como él mismo señalaba en la introducción, en la bibliografía valenciana de aquella época abundaban las “monografías asépticas”, de una “neutralidad impávida”, carentes de una visión de conjunto o de alguna problemática del país y de su gente que permitiera ir más allá de una “deplorable e indecorosa miopía ‘nacional’”. Por ello el ensayo de Joan Fuster buscaba convertirse en una contribución al conocimiento histórico y social de los valencianos y, al mismo tiempo, en un aldabonazo nacionalista a la conciencia colectiva de un pueblo en trance de despersonalización. Se proponía algo que nadie hasta entonces se había atrevido a intentar siquiera: un estudio de historia y sociología, con el fin de responder a la cuestión más básica y elemental: “què som els valencians”. Porque, como exponía en la introducción, “abusando de la terminología de un ilustre barbudo: *explicar* será una invitación a *transformar*”<sup>20</sup>.

*Nosaltres els valencians* apareció en 1962, todavía en plena dictadura de Franco, pero en unos años que quedaban lejos de la dura posguerra y cuando se estaba afianzando el proceso de industrialización. Antes, a comienzos de los cincuenta, un pequeño grupo de intelectuales había empezado a reunirse en cafeterías y en librerías de la ciudad de Valencia para reflexionar

---

<sup>19</sup> Ernest Lluch acuñó esta frase y la repitió en diversos escritos, véase por ejemplo su prólogo al libro colectivo *Introducció a l'economia del País Valencià*, València, Eliseu Climent editor, 1980, p. 11, frase que desde entonces ha hecho fortuna.

<sup>20</sup> J. FUSTER, *Nosaltres els valencians*, Barcelona, Ed. 62, 1962.

sobre el problema valenciano. A las tertulias concurrían asiduamente Miquel Adlert y Xavier Casp, supervivientes de la organización católica y nacionalista Acció Valenciana. Uno y otro habían sido expulsados por separatistas de “Lo Rat Penat” –la institución regionalista creada en el siglo XIX por la *Renaiçença*– y desde principios de los cincuenta impulsaron un auténtico renacimiento literario y cultural valencianista desde la Editorial Torre. El escritor Enric Valor y el filólogo Sanchis Guarnier acudían también a esas tertulias, a las que en los años sesenta se incorporarían catedráticos de la Universidad de Valencia procedentes de Cataluña, como Joan Reglà, Miquel Dolç y Miquel Tarradell. A ellos se añadieron también algunos jóvenes valencianos recién salidos de la universidad y llamados a tener un papel protagonista en el nuevo valencianismo: los periodistas Vicent Ventura y Francesc de P. Burguera, el editor Eliseu Climent, los historiadores Alfons Cucó y Manuel Ardit, el sociolingüista Lluís Aracil, el antropólogo Joan Francesc Mira, el sociólogo Josep Vicent Marqués etc.<sup>21</sup>. En dicho grupo, Joan Fuster se convirtió muy pronto en la figura central. La fuerza y la claridad de sus ideas, así como la brillantez literaria con que supo exponerlas, contribuyeron decisivamente a ello. En torno a su figura surgió un nuevo nacionalismo de carácter básicamente universitario, con unos orígenes sociales y una mentalidad que nada tuvieron que ver con los propios del regionalismo decimonónico<sup>22</sup>.

Las ideas de Fuster acerca de la nación, sin embargo, son poco originales. Una vez más encontramos la clásica apelación a la entidad individualizada de un pueblo que comparte una historia, una lengua y en definitiva una cultura. En cambio, sí resulta nuevo el contundente ataque dirigido contra el regionalismo, que servirá para marcar claramente las distancias del nuevo nacionalismo con el valencianismo precedente. “No me he sentido nunca inclinado –escribía un año antes de publicar *Nosaltres els valencians*– a la añoranza de una edad media desplazadamente walterscottiana y convencional. No me interesa absolutamente una democracia de gremios, beneficiados y almogávares, presidida por la momia ilustre del rey don Jaime”<sup>23</sup>. El nacionalismo de Fuster se diferenciaba del valencianismo regio-

---

<sup>21</sup> D. MOLLÀ/E. MIRA, *De impura natione*, València, Eliseu Climent Editor, 1986; B. SANZ i M. NADAL, *Tradicció i modernitat en el valencianisme*, València, Eliseu Climent, 1996; J. V. MARQUÉS, *Tots els colors del roig*, València, Eliseu Climent, 1996. Véase también los tres libros de homenaje que la Universitat de València ha publicado recientemente: Manuel SANCHIS GUARNER: *El compromís cívic d'un filòleg*, Vicent Ventura: *un home de combat*, y Francesc DE P. BURGUERA: *L'obsessió pel país*, Universitat de València, 1998.

<sup>22</sup> Sobre Fuster, véase J. IBORRA, *Fuster portàtil*, València, Eliseu Climent, 1982.

<sup>23</sup> Respuesta publicada en la revista *Serra d'Or*, núm. 6, Barcelona, junio de 1961, contenida en el libro J. FUSTER, *Contra el nacionalisme espanyol*, introducción y selección de textos de Jaume Pérez Montaner, Barcelona, Curial, 1994, p. 49. Este libro recoge una serie de artículos, capítulos de libros, etc., de Fuster, aparecidos a lo largo de su vida, que muestran perfectamente el pensamiento nacionalista de Fuster; un nacionalismo, por otra parte, nada dado a la mitificación del pasado y dispuesto a ser superado cuando desapareciera –cosa que él veía poco probable– el nacionalismo español que lo alimentaba.

nalista porque apostaba por una nación catalana en la que tuviera cabida el “caso valenciano”, una nación que servía de marco de análisis para comprender el pasado de ambos pueblos y a la vez de proyecto político compartido, desde la perspectiva de un futuro de integración en la Europa democrática, una vez desaparecida la dictadura. Nadie, en el caso valenciano, se había planteado hasta entonces el problema nacionalista con esa doble perspectiva.

En Cataluña, por el contrario, sí había un precedente significativo al que recurrió Joan Fuster desde el principio de su ensayo. En 1954 el historiador catalán Jaume Vicens Vives publicó *Notícia de Catalunya* con la intención de saber “què som i per què som com som els catalans” y en 1960 acababa de aparecer la segunda edición notablemente corregida y aumentada. El libro debía haberse denominado *Nosaltres els catalans*, pero el temor a la censura hizo que cambiara de título. La reflexión de Fuster se concebía expresamente como un complemento de la iniciada por Vicens, con el fin de averiguar qué había ocurrido con “els altres catalans”. Jaume Vicens Vives, alumno y estrecho colaborador, durante la Segunda República, de Pere Bosch Gimpera, no se exilió, como su maestro, al acabar la guerra. No pudo evitar la depuración, pero consiguió volver en 1947 como catedrático a la universidad y un año después a la de Barcelona, tras haber procurado adaptarse al régimen de Franco<sup>24</sup>. Su actitud científica y no política –como gustaba repetir– le llevó a introducir en España, a partir del IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en París en 1950, la nueva historia “económica y social” de los *Annales*. Durante la década de los cincuenta y última de su vida, el historiador catalán publicó una serie de estudios trascendentales, tanto de investigación como de síntesis. Dichos trabajos transformaron radicalmente la visión de la historia de España en un contexto intelectual dominado por los epígonos del fascismo y por el predominio abrumador de la ideología nacional-católica. En el contexto de la tímida apertura a Europa que algunos sectores del régimen propiciaban, las ideas de Vicens ejercieron igualmente una poderosa influencia sobre la recuperación del catalanismo y contribuyeron al surgimiento de un nacionalismo moderado, cuyo máximo exponente es el actual presidente de la Generalitat de Cataluña, Jordi Pujol. Jaume Vicens falleció en 1960 a los cincuenta años –dos antes de la aparición de *Nosaltres els valencians*– y su programa científico, en pleno apogeo, se convirtió en el punto de partida del ensayo de Fuster. Por encima de cualquier otra meta, el objetivo principal del historiador catalán era impulsar la mejora constante de los instrumentos científicos de la investigación histórica, siguiendo las directrices de la “nueva historia económica y social”. De esta manera la renovación de la ciencia histórica conduciría a tomar conciencia del ser colectivo de los catalanes y de los “otros catalanes”, de manera muy distinta a como lo había

---

<sup>24</sup> Para todo lo relacionado con la vida y la obra de Vicens, véase Josep M. MUÑOZ I LLORET, *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel·lectual*, Barcelona, Ed. 62, 1997.

hecho la historia política tradicional. Al mismo tiempo, con esa renovación se proponía contribuir de un modo decisivo a transformar el presente, como había escrito Lucien Febvre. El hecho de perseguir ese doble objetivo es lo que nos explica la enorme influencia que ejerció *Nosaltres els valencians* sobre las nuevas generaciones de historiadores formados en la Universidad de Valencia.

El ensayo de Fuster y, junto a él, la notable influencia historiográfica de Vicens, descubrieron a los universitarios valencianos de la década de los sesenta –cada vez más numerosos, en unos años en que se iniciaba la democratización social de la universidad<sup>25</sup>– que era posible otro tipo de historia. La historia de su propio país, ignorada por la historiografía oficial y ensalzada de un modo nostálgico por el medievalismo regionalista, podía ahora tener interés académico y concebirse desde la universidad como una verdadera disciplina científica, a la vez que encontrarse políticamente comprometida con un proyecto viable de futuro. Así ayudaba a transformar el presente y con el final de la dictadura, que parecía un hecho inmediato, pronosticaba el inicio de una nueva época. De forma recíproca, mientras esos jóvenes investigaban científicamente la historia de su propio país, tomaban conciencia de la existencia de un nacionalismo de otro tipo, más atractivo que el nacionalismo clásico. En el nuevo nacionalismo la identificación entre nación y Estado, a la manera del siglo XIX, dejaba de tener sentido, especialmente si el futuro se imaginaba inserto en un ámbito europeo inédito y por supuesto democrático, respetuoso por tanto de las distintas culturas nacionales.

El ensayista valenciano lo había repetido en diversos escritos: dado el fracaso evidente del regionalismo, no había otro valencianismo realmente alternativo al nacionalismo español dominante que el de los “Países Catalanes”. En su opinión, la especificidad del “cas valencià” era el producto de una historia que se había ido separando de Cataluña a partir de un tronco medieval común. Si Vicens reivindicaba la filiación directa de los catalanes con la cristiandad occidental desde los tiempos carolingios –momento en que, según él, se constituyó definitivamente “una mentalidad propia y diferenciada”–, Fuster situaba también en la conquista cristiana el origen de los valencianos actuales, como había hecho la historiografía romántica. Pero, a diferencia de los regionalistas, su libro sostenía que, después de la derrota y de la marginación de los musulmanes –responsable de la ruptura lamentable, pero irreversible, con esos “otros valencianos”–, el recién creado Reino de Valencia había entrado en la órbita de la hegemonía catalana. Dicha hegemonía se manifestaba entonces con la misma intensidad en toda la Corona de Aragón y en su correspondiente imperio mediterráneo. Sin embargo, la etapa de ple-

---

<sup>25</sup> La democratización política de la universidad no llegaría sino mucho más tarde, después de la muerte de Franco y una vez la democracia sancionara el principio de autonomía universitaria, desarrollado en la Ley de Reforma Universitaria y en los estatutos de las respectivas universidades durante la primera mitad de la década de los ochenta.

nitid de la “nación catalana”, que coincidía con la Baja Edad Media, no llegó a crear los fundamentos de un moderno Estado. A partir de los Reyes Católicos dejó paso a lo que Vicens denominaba “el predominio de la actitud hispánica”, un viejo proyecto pluralista que finalmente fue abortado por culpa de la hegemonía castellana. No podía resultar extraño, en consecuencia, que a lo largo de la época moderna y contemporánea esa hegemonía rompiera poco a poco los lazos de los valencianos con la nación catalana y promoviera la aceptación del Estado unitario. Eso se debía, según Fuster, no solamente a factores “externos”, sino también a razones “internas”, propias de “nuestra manera de ser colectiva”. Somos un pueblo anómalo, afirmaba el autor de *Nosaltres els valencians*, “pero las anomalías de un pueblo nunca son fortuitas”. Nunca tampoco vienen provocadas por la crisis de una generación ni por la aleatoria deslealtad de unas oligarquías. “Tienen su origen en zonas internas y en móviles más incisivos del ser colectivo, en los cuales, por otro lado, azares, generaciones y oligarquías también tienen su parte”. La cosa, no obstante, estaba lejos de ser simple, en opinión de Joan Fuster. Había que realizar una investigación sobre el “ser colectivo” de los valencianos en el espacio y en el tiempo, “incidir sobre la realidad viva” y “remontarse a su genealogía”, utilizando “los instrumentos metodológicos del historiador y del sociólogo”. De ese modo saldrían al descubierto los determinantes de nuestra configuración actual y se harían visibles las consecuencias que su influencia podía tener en el porvenir de los valencianos.

En ese sentido, la historia social del País Valenciano debe mucho al libro *Nosaltres els valencians*, puesto que sus hipótesis históricas sobre el “caso valenciano” estuvieron muy presentes en los estudios que a partir de entonces vieron la luz en el ámbito universitario. No obstante, el impacto de la obra de Fuster no debe en absoluto exagerarse, por cuanto se produjo en un medio académico que con anterioridad había comenzado a transformarse. Ello tuvo sin duda una influencia indudable sobre un universitario como Fuster aunque, como reconocía el propio ensayista, su formación no fuera la del híbrido de historiador y sociólogo de profesión que le hubiera gustado encontrar en el panorama valenciano dominado hasta entonces por la vieja erudición. La Universidad de Valencia, a partir de finales de la década de los cincuenta, conocía ya una profunda renovación de las cátedras de humanidades y muy especialmente de historia. En su Facultad de Filosofía y Letras coincidieron en aquellos años un nutrido grupo de profesores muy dispuestos a renovar sus respectivas disciplinas y cada vez más apartados de la “ciencia oficial”: José María Jover, Joan Reglà, Antonio López Gómez, Miquel Tarradell, Miquel Dolç, Manuel Sanchis Guarner, José María López Piñero, Carlos París, Antonio Ubieto, Julián San Valero, Emili Giralt, etc. Buena parte de ellos no se sentían nacionalistas, ni a la manera del régimen ni a la manera de Fuster, pero otros, por el contrario, mostraban una evidente simpatía por el catalanismo moderado. Varios, incluso, habían sido estrechos colaboradores y discípulos de Vicens, como el titular de la cátedra de Historia Moderna, Joan Reglà, y el catedrático de Historia Contemporánea, Emili Giralt, o recibieron directamente la



influencia de Pere Bosch Gimpera, como el catedrático de Arqueología y Prehistoria Miquel Tarradell. También dos de los discípulos más destacados de Vicens, Jordi Nadal y Josep Fontana, ocuparon sucesivamente, a finales de los sesenta y principios de los setenta, la cátedra de Historia Económica de la recién creada Facultad de Económicas de la Universidad de Valencia.

Debido a todo ello, el cambio historiográfico se percibió bien a las claras en 1969, cuando tuvo lugar en Valencia el III Congreso de Historia de la Medicina. Sus actas recogieron una cantidad importante de trabajos sobre historia social del País Valenciano. Poco después se produjo la inauguración, el 14 de abril de 1971, del Primer Congreso de Historia del País Valenciano, fecha de una enorme significación por cuanto, semiclandestinamente, servía también para conmemorar la proclamación en España de la Segunda República cuarenta años antes. El Primer Congreso de Historia del País Valenciano se convirtió en el acontecimiento historiográfico por excelencia del cambio de década, por cuanto ponía de relieve el enorme desarrollo alcanzado por la nueva historiografía valenciana en apenas diez años. La nueva orientación de la revista de la Facultad de Filosofía y Letras *Saitabi* y la aparición de *Estudis* –una revista de historia moderna creada en 1972 por Joan Reglà–, así como la aparición, dos años después, de *Arguments* (1974-1979) y de *Estudis d'història contemporània del País Valencià*, a partir de 1978, dedicadas ambas a nuestra historia contemporánea, completaron el panorama de la sorprendente renovación que tuvo lugar en apenas un par de décadas.

La “anomalía valenciana” planteada por Fuster iba adquiriendo perfiles definidos en los primeros trabajos de historia social del País Valenciano. En la línea por él apuntada, la causa del progresivo debilitamiento nacional valenciano parecía ser una diferente configuración “estructural”, en comparación con Cataluña. El historiador Joan Reglà expuso la tesis del “dualismo valenciano” en varios de sus trabajos, dualismo que en su opinión estaba presente en el origen mismo del Reino de Valencia. El conflicto entre los señoríos de la aristocracia aragonesa, establecidos en el interior del país, y los núcleos urbanos de repoblación catalana y mentalidad burguesa, asentados en el litoral, procedía de entonces. Ese “dualismo originario” impuso un equilibrio inestable, pero dinámico, durante el resto de la Edad Media, que logró impedir la conversión del territorio valenciano en un apéndice feudal y latifundista de la nobleza de la Corona de Aragón, como había ocurrido con Andalucía en la Corona de Castilla. La ofensiva de la nobleza feudal en la llamada guerra de la Unión, a mediados del siglo XIV, provocó la primera crisis del dualismo y tuvo su correspondiente réplica en la reacción de los elementos burgueses que dieron el triunfo al rey Pedro el Ceremonioso. Medio siglo después, el Compromiso de Caspe volvía a favorecer nuevamente al mundo feudal, lo que vino contrarrestado por el esplendor económico de las zonas marítimas, no sólo capaz de reestablecer el equilibrio, sino incluso de imponerse netamente en el siglo XV. Al comienzo de la siguiente centuria, la euforia del mundo urbano iba a conocer su canto de cisne con la revuelta de las Germanías. La “reacción aristocrática” supondría por desgracia el triunfo definitivo del campo sobre la ciudad, a duras penas contrarrestado por la expul-

sión de los moriscos a comienzos del siglo XVII. Tanto la derrota de las Germanías en el siglo XVI, como las consecuencias muy negativas para el mundo urbano de la expulsión de los moriscos a principios del siglo XVII y el aplastamiento, cien años después, de la revuelta campesina antiseñorial en la guerra de Sucesión, rompieron definitivamente el equilibrio en beneficio del mundo agrario y feudal. A diferencia de la visión romántica, neoforal y regionalista del pasado valenciano, que había sobrevalorado el hecho político de la pérdida de los fueros, tras la derrota militar del 25 de abril de 1707, el problema valenciano resultaba ahora un producto de una determinada estructura social configurada en plena época foral y consolidada durante la crisis del seiscientos. Las consecuencias eran a todas luces evidentes si nos remontábamos a principios de la época contemporánea. Mientras Cataluña comenzaba entonces a industrializarse, los diputados valencianos en las Cortes de Cádiz denunciaban una grave y conflictiva situación social, caracterizada por los abusos de los señores y la extremada dureza del régimen señorial en el campo.

La interpretación de la historia del País Valenciano, expuesta por Joan Reglà, se concebía honestamente como una hipótesis de trabajo: “he intentado desarrollar un esquema sencillo, una especie de coordenadas básicas que pueden servir de guía, en un intento de comprensión ‘total’ de la historia de Valencia, desde la incorporación del Reino valentino a Europa –y naturalmente a la España cristiana– por la conquista de Jaume I, a los problemas de nuestro tiempo”. La influencia de Vicens y el intercambio intelectual mantenido con Fuster, en las tertulias de finales de los años cincuenta, habían dejado una huella clara en la obra del entonces titular de la cátedra de Historia Moderna en la Universidad de Valencia. Sus hipótesis de trabajo, como él mismo las consideraba, acordes con las ideas expuestas en *Nosaltres els valencians*, promovieron y unificaron durante muchos años los primeros estudios de historia social y las primeras tesis doctorales de la nueva historiografía valenciana. Los resultados iniciales de la investigación histórica parecían demostrar que los valencianos se habían apartado de la “normalidad” de la sociedad catalana, alejándose en consecuencia de la trayectoria plenamente moderna que condujo en el siglo XIX a la revolución industrial. En sentido completamente diferente a Cataluña, la sociedad valenciana había quedado fuertemente condicionada por una estructura agraria y feudal del tipo de la que, en la misma época, predominaba en Castilla y en la mayor parte de España<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> Son muy numerosos los ensayos y trabajos de investigación histórica que abundan en semejante idea. A modo de ejemplos significativos véase S. GARCÍA MARTÍNEZ, *Els fonaments del País Valencià modern*, València, Garbí, 1968; M. ARDIT, *Els valencians de les Corts de Cadis*, Barcelona, Dalmau, 1968, y, de un modo bastante más matizado, *Revolución liberal y revuelta campesina*, Barcelona, Ariel, 1977; E. CÍSCAR i R. GARCÍA CÁRCEL, *Moriscos i agermanats*, València, Eliseu Climent Editor, 1974; J. M. PALOP, *Hambre y lucha anti feudal. Las crisis de subsistencia en Valencia (siglo XVIII)*, Madrid, Siglo XXI, 1977; C. PÉREZ APARICIO, *De l'alçament maulet al triomf botifler*, València, Eliseu Climent, 1981. Véase también la contribución de J. Reglà y de sus discípulos en el libro, aparecido poco después de su muerte a una edad tan temprana como la de Vicens, *Història del País Valencià*, t. III, Barcelona, Ed. 62., 1975.

Sin embargo Emili Giralt, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia y discípulo también de Vicens, introdujo en 1968 una perspectiva algo distinta, al defender la idea de un setecientos valenciano presidido por una “larga etapa de crecimiento económico”<sup>27</sup>. Durante el siglo XVIII la sociedad valenciana había conocido unas formas de plenitud económica y cultural que la situaron en buen lugar de cara a preparar la industrialización. Si bien la expansión económica de dicha centuria no había sido negada por Fuster y por Reglà, lo cierto es que hasta entonces llamó poco la atención, por cuanto se pensaba que el crecimiento del siglo XVIII no cambiaba sustancialmente la configuración agraria tradicional de nuestra sociedad. Cuando Emili Giralt planteó una hipótesis en cierto modo contradictoria con las interpretaciones inspiradas en la tesis del dualismo, sus ideas sobre el período inmediatamente anterior a la revolución industrial provocaron una intensa y significativa polémica en los años setenta. La mayoría de los historiadores intervinieron para rectificar la visión del setecientos de Emili Giralt, negar que el crecimiento hubiera producido un “auténtico desarrollo” y reafirmar la tesis del origen temprano-moderno de una estructura económica atrasada que permanecía hasta mediados del siglo XX<sup>28</sup>. Si para Giralt las causas del fracaso de la revolución industrial había que buscarlas en el siglo XIX y la responsabilidad del fracaso atribuírsela a la desviación de la burguesía y del capital hacia la agricultura, en detrimento de la industria, la visión que acabó predominando entre los historiadores, durante los años setenta, resultó incluso ser más pesimista que la de Fuster y la de Reglà. La derrota de las Germanías, la expulsión de los moriscos y la guerra de Sucesión formaban parte de un proceso de “refeudalización” que se mantenía incluso en el siglo XVIII. Los frecuentes motines y revueltas antifeudales de dicha centuria, así como la extraordinaria dureza del régimen señorial, denunciada por los políticos valencianos en la primera mitad del siglo XIX, mostraban la permamencia de una estructura agraria y social tradicional, feudal o semifeudal, según las preferencias terminológicas de los historiadores. Esa estructura, gestada en los siglos centrales de la modernidad, impidió el arraigo de la industrialización y fue la

---

<sup>27</sup> E. GIRALT, “Problemas históricos de la industrialización valenciana”, *Estudios Geográficos*, núm. 112-113, Madrid, 1968, pp. 369-394, publicado como “Antecedents històrics” en la obra colectiva *L'estructura econòmica del País Valencià*, València, L'Estel, 1970, t. I, pp. 18-38.

<sup>28</sup> También a modo de ejemplos de esa interpretación véase M. GARCÍA BONAFÉ, “El marco histórico de la industrialización valenciana”, *Información Comercial Española*, núm. 485, Madrid, 1974, pp. 135-146; R. ARACIL i M. GARCÍA BONAFÉ, *Industrialització al País Valencià (el cas d'Alcoi)*, València, Eliseu Climent Editor, 1974; E. LLUCH, *La via valenciana*, València, Eliseu Climent Editor, 1976; Pere Sisè (pseudónimo del colectivo formado por Dolores BRAMON, Vicent SOLER, Màrius GARCÍA BONAFÉ, Teresa CARNERO, Jordi PALAFOX y J. Antonio MARTÍNEZ), *Raons d'indentitat del País Valencià*, València, Eliseu Climent Editor, 1977; M. J. CUCÓ, M. A. FABRA, R. JUAN i J. ROMERO, *La qüestió agrària al País Valencià*, Barcelona, Aedos, 1978; J. A. MARTÍNEZ SERRANO, E. REIG, V. SOLER y J. SORRIBES, *Introducció a l'economia del País Valencià*, València, Eliseu Climent Editor, 1980.

auténtica responsable del atraso secular de los valencianos. A partir de ella, los problemas de la sociedad contemporánea, tan profundos como lejos de ser simplemente una consecuencia de acontecimientos políticos, por mucha envergadura que tuvieran, podían y debían explicarse con los métodos de la nueva historia económica y social.

Por su parte, la polémica en torno al período crucial de la “transición del feudalismo al capitalismo”, como empezó dicho período a denominarse desde la difusión del famoso debate marxista iniciado por M. Dobb y P. Sweezy, tendía a remontar muy atrás las causas del subdesarrollo valenciano, a los siglos XVI, XVII y XVIII. El atraso, no obstante, seguía siendo estructural aunque, para explicarlo, se recurriera al siglo XIX, como hacía Emili Giralt. Porque el supuesto fracaso de las dos revoluciones habidas en el ochocientos, la industrial y la burguesa-liberal, también era en gran medida responsable de que la estructura agraria tradicional en el País Valenciano permaneciera prácticamente intacta. La ausencia de una “auténtica burguesía” de carácter industrial iba a tener efectos decisivos sobre la conciencia nacional de los valencianos<sup>29</sup>. Al no haber surgido una moderna estructura industrial, a semejanza de Cataluña, cuyo desarrollo hubiera agudizado el conflicto de la burguesía autóctona con la oligarquía castellano-andaluza, el propio proceso socioeconómico reforzó los lazos de la clase dominante valenciana con la del Estado. A lo más que llegó “una clase borrosa e incompleta –en palabras de Alfons Cucó–, la pseudoburguesía de la Restauración”, ligada fuertemente a la política centralista, fue al apoliticismo regionalista. Teodoro Llorente, el personaje más representativo y más influyente de la *Renaixença* valenciana, según el citado historiador, estaba vinculado a una agricultura de exportación que marginaba la industria; y a una clase de propietarios agrícolas, “caciquil” y “sucursalista”, que aceptaba absolutamente el Estado español de la Restauración<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> Entre las pocas excepciones a semejante planteamiento que aparecieron en aquella época, por lo que respecta a la cuestión de la revolución burguesa y de la existencia de burguesía, podemos citar los trabajos del historiador Enric Sebastià, en especial su libro *València en les novel·les de Blasco Ibàñez. Propietat i burgesia*, València, L'Estel, 1966, su tesis doctoral inédita presentada en 1971, *La transició de la qüestió señorial a la qüestió social*, y el artículo “Crisis de los factores mediatizantes del régimen feudal. Feudalismo y guerra campesina en la Valencia de 1835”; del sociólogo J. V. MARQUÉS, en especial *País perplex*, València, Eliseu Climent Editor, 1974, y sus artículos en *Andalán* y *Cuadernos para el Diálogo*, así como el estudio de J. A. TOMÁS CARPI, *La economía valenciana: modelos de interpretación*, Valencia, Fernando Torres Editor, 1976. Aunque apareció sin firmar, hice una referencia a la historiografía de aquellos años en “Recientes aportaciones a la historiografía del País Valenciano” contenido en el libro M. TUÑÓN DE LARA, *Historiografía española contemporánea*, X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen, Madrid, Siglo XXI, 1980, pp.486-496.

<sup>30</sup> A. CUCÓ, *El valencianismo político 1874-1939*, Barcelona, Ariel, 1977, especialmente el capítulo I. Véase también, del mismo autor, *País i Estat: la qüestió valenciana*, València, Eliseu Climent Editor, 1989.

A diferencia de la trayectoria que condujo al nacionalismo catalanista, el valencianismo tuvo que padecer la falta de una “auténtica burguesía” de carácter industrial. La oligarquía agraria valenciana, por su parte, nunca quiso romper los fuertes lazos que la unían con el nacionalismo español.

Así, los primeros resultados de la investigación histórica sobre el pasado catalán y valenciano, con la orientación y los métodos de la nueva historia económica y social, plantearon una evidente paradoja política. Mientras el catalanismo historiográfico de Vicens influía cada vez más en el terreno político, al entrar en contacto con las aspiraciones de una burguesía nacionalista moderada que se recuperaba del obligado silencio impuesto por la dictadura de Franco, el valencianismo inspirado en la obra de Fuster se sentía huérfano de una burguesía valenciana históricamente “inexistente”. Esta paradoja quizás explique el cúmulo de problemas y de contradicciones que se han planteado en las dos últimas décadas en el “caso valenciano”. Para empezar, fuera del reducido círculo de intelectuales y universitarios comprometidos con partidos políticos de izquierdas, resultaba difícil encontrar en el País Valenciano una conciencia de nación catalana, lo que sintonizaba poco con el proyecto de Vicens. En opinión del citado historiador, la nación catalana era en gran medida el resultado de la acción de sus minorías dirigentes. “No hay cultura posible –escribía en *Notícia de Catalunya*– sin una minoría selecta que constituya la osamenta; no hay política posible sin un grupo que la haya concebido y que la realice”. Así, la oligarquía feudal catalana, los prohombres de las ciudades mercantiles y la menestralía de la que salió la burguesía emprendedora que industrializó la Cataluña a partir del siglo XIX, cumplieron cada una de ellas, en las diferentes épocas, su respectivo papel histórico. Primero originaron la nación catalana en la Edad Media y luego la defendieron en época moderna hasta constituir una identidad como pueblo mantenida a lo largo de siglos. El País Valenciano, por el contrario, dada la claudicación de sus minorías dirigentes, la ausencia de una auténtica burguesía de carácter industrial y el predominio de una oligarquía agraria rentista, sólo podía reivindicar históricamente la resistencia popular. El “pueblo valenciano” era el principal protagonista de la nueva historia nacionalista, al mantener la lengua y la cultura autóctonas durante siglos, a pesar de los abandonos y de las traiciones de sus clases dirigentes y de todos los obstáculos, presiones y represiones venidos de fuera. La inclinación del nuevo nacionalismo valenciano hacia el pueblo, con su crítica a la clase dominante, le convirtió políticamente en un movimiento inequívocamente de izquierdas –“el País Valenciano será de izquierdas o no será”, había escrito Fuster– y ello será aún más palpable en los años de la instauración de la democracia. A diferencia del catalanismo moderado defendido por Jaume Vicens –mentor de la opción demócrata–cristiana que sabría encabezar Jordi Pujol–, en busca de una burguesía dispuesta a “catalanizar España”, las ideas de Fuster tuvieron su principal reflejo político en el Partit Socialista Valencià (1964-1970), en el Partit Socialista del País Valencià

de los años setenta<sup>31</sup>, en el Moviment Comunista, el Partit Comunista del País Valencià, Unitat del Poble Valencià más tarde y en los grupos minoritarios de carácter independentista, como el Partit Socialista d'Alliberament Nacional o Esquerra Republicana de Catalunya. La difícil unión, en una misma opción nacionalista, de dos proyectos políticos tan diferentes como son el catalanismo moderado de *Convergència i Unió* y el valencianismo de izquierdas, vino acompañada de los sucesivos fracasos electorales del nacionalismo valenciano, lo que explica el reciente repliegue posfusteriano hacia un nacionalismo estrictamente valenciano, dispuesto a renunciar a la "utopía de los Países Catalanes"<sup>32</sup>.

Para unir el proyecto catalanista moderado de Vicens con el nacionalismo de Fuster hacía falta sin duda una burguesía dinámica y capitalista, y la existencia de semejante burguesía es el segundo aspecto interesante de la referida paradoja. Burguesía no sólo había habido modernamente en nuestra historia, como pronto puso de relieve la nueva historia social, sino que cada vez resultaba más difícil considerarla como una clase rentista e improductiva, vinculada a una economía agraria de corte tradicional. Ahora bien, del mismo modo que el desarrollo agrario y comercial no la había contrapuesto al nacionalismo español, sino todo lo contrario, el cambio a una sociedad plenamente industrial, que se produjo a partir de los años sesenta, tampoco trajo consigo su transformación política en el nuevo sentido nacionalista propuesto por Fuster. Al contrario, el reconocimiento de la autonomía de la Comunidad Valenciana –nombre que sustituyó a la denominación País Valenciano, una denominación que había hecho fortuna durante la Segunda República y los años de la crisis del régimen de Franco, y a la más antigua de Reino de Valencia– por parte de la democracia, reforzó el sentimiento regionalista de las clases dirigentes valencianas. Las repetidas derrotas electorales del nacionalismo fusteriano fueron acompañadas del abrumador predominio de los partidos estatistas, de derechas o de izquierdas (UCD, PSOE, PP), que desde entonces se han ido sucediendo en el gobierno valenciano. El regionalismo más extremo adoptó una postura de completo rechazo, no sólo al proyecto de nacionalismo fusteriano, sino a todo lo que tuviera que ver con la cultura catalana, hasta el punto de defender enardecidamente la existencia de una lengua valenciana inde-

---

<sup>31</sup> Prácticamente todos los autores citados en la nota 28 fueron dirigentes destacados o militantes de este partido, liderado por el periodista V. Ventura, junto con otros nombres como E. Lluch, A. Cucó y J. F. Mira que aparecen también citados en este artículo. La mayoría de ellos pasaron más tarde al PSOE cuando, tras el fracaso electoral de 1977, se disolvió el PSPV.

<sup>32</sup> Véase el reciente libro de J. F. MIRA, *Sobre la nació dels valencians*, València, Eliseu Climent Editor, 1997, donde sin embargo se reproduce el esquema de la historiografía de los años sesenta y setenta con la consabida reacción feudal en la época moderna, la "desnacionalización" por culpa de las sucesivas oligarquías, la resistencia nacional del pueblo y la definición de la burguesía valenciana como una clase de "rentistas improductivos".

pendiente, en contra de la opinión unánime del mundo universitario. Con todo, a pesar del fracaso político del nacionalismo fusteriano, buena parte de sus ideas acerca del pasado y del futuro de los valencianos se extendieron socialmente y han llegado a grupos de personas, cada vez más numerosos e influyentes, que trabajan en un sector de nuestra economía muy desarrollado, el de los servicios, y especialmente en todo lo relacionado con el mundo de la educación y de la cultura.

El tercer aspecto de la paradoja del caso valenciano tiene que ver con la ciencia histórica. Como hemos visto, el estrecho vínculo entre el surgimiento de un nuevo tipo de nacionalismo y el creciente interés por la historia del País Valenciano produjo una profunda renovación de la disciplina en los años sesenta y setenta. La historia se convirtió entonces en escenario de procesos, conflictos y estructuras sociales que explicaban los problemas contemporáneos y dejó, por tanto, de ser una historia eminentemente política, en la que el pasado era idealizado. Sin embargo, el avance científico que experimentó la historia del País Valenciano no impidió que se creara una nueva representación del pasado poco dispuesta a confrontarse con el desarrollo de la investigación histórica. A la visión nacional “ortodoxa” del pasado valenciano, característica de los años sesenta y setenta, se le podía paradójicamente achacar lo mismo que Vicens criticaba en 1935 a la concepción nacionalista de la historia de Ferran Soldevila. Aunque fuera nueva, por su concepción de la historia, y dispusiera de protagonistas tan desconocidos para la vieja historia política como eran las estructuras económicas y las clases sociales en conflicto, la síntesis histórica no dejaba por ello de traslucir un fondo argumental bien conocido. Al igual que la vieja historia nacional de Cataluña, criticada por Vicens, o que la historia ortodoxa de España que rechazaba Bosch Gimpera, también había “una línea” que dibujaba “la preocupación nacional” y mostraba “el dolor de los fracasos y la esterilidad de las resistencias”. Esa línea “a cada momento recordaba la discrepancia de los fenómenos estudiados respecto al camino ideal que debía seguir la trayectoria propuesta”<sup>33</sup>. Dicho esquema evolucionista, típico de la clásica concepción nacionalista de la historia, vino acompañado en los años sesenta y setenta de una buena dosis de estructuralismo y de economicismo, propio de la segunda generación de los *Annales*. Ni lo uno ni lo otro resistieron mucho tiempo los resultados de la investigación histórica. Durante las dos últimas décadas, la historia del País Valenciano fue cambiando sustancialmente de carácter. Las tesis del dualismo social procedente de la conquista, de la reacción feudal y la extremada dureza del régimen señorial, del atraso eco-

---

<sup>33</sup> Las palabras entrecomilladas proceden de la crítica de Vicens a la *Història de Catalunya* de Ferrán Soldevila publicada en 1934 y recogida en J. M. MUÑOZ I LLORET, *Jaume Vicens i Vives, op. cit.*, p. 64. Para la historiografía catalana en general, véase J. NADAL, B. RIQUER, A. SIMON, J. SOBREQÜÉS, J. TERMES y E. UCÉLAY, *La historiografía catalana*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1990.

nómico secular debido a una agricultura incapaz de producir cambios técnicos y sociales importantes, o de la ausencia de una burguesía con mentalidad capitalista, fueron abandonadas y sustituidas por otro tipo de interpretaciones<sup>34</sup>. Sin embargo, la síntesis histórica inspirada en la primeras hipótesis de trabajo, con ligeras modificaciones, se incorporó sin más a las sucesivas revisiones del nacionalismo fusteriano, prescindiendo de la más reciente producción historiográfica valenciana. Mientras la investigación sobre el pasado valenciano transformaba enfoques y problemáticas, introducía nuevos y múltiples factores que no encajaban en visiones demasiado simples o reduccionistas de nuestra historia y situaba los procesos sociales en tiempos y en espacios diversos, la visión nacionalista clásica de nuestra historia continuaba imaginando las naciones como si fueran sujetos colectivos que estaban más allá del cambio producido por la propia historia. De ahí el divorcio creciente entre historia científica y nacionalismo, que parece haber creado una separación radical entre ambos: un número cada vez más grande de estudios históricos rigurosos en forma de monografías se contraponen a ciertas síntesis históricas de carácter nacionalista que apenas toman en cuenta los últimos resultados de la investigación histórica. No es seguro que ello acabe resolviéndose con la aparición, o bien de una nueva interpretación histórica, capaz de reforzar o de provocar conciencias nacionalistas de uno u otro tipo, o de un nuevo nacionalismo dispuesto a pensar la historia de otra forma. Puede, por el contrario, que la historia y

---

<sup>34</sup> No es el momento de referirse a ello, por lo que me remitiré al resto de los estudios contenidos en volumen del *Bulletin of Hispanic Studies* coordinado por P. PRESTON e I. SAZ, a los tomos II, IV y V de la obra colectiva *Història del País Valencià* de Edicions 62, Barcelona, 1989 y 1990; al estudio introductorio de E. Belenguer a la reedición del tomo III de dicha obra, y a la reciente síntesis de A. FURIÓ, *Història del País Valencià*, València, Edicions Alfons el Magnànim, 1995. De nuevo, un historiador catalán, en este caso Ramón GARRABOU, en el libro *Un fals dilema. Modernitat o endarreriment de l'agricultura valenciana (1850-1900)*, València, Institució Alfons el Magnànim, 1985, contribuyó decisivamente a renovar la historia económica del País Valenciano con una interpretación diferente de lo ocurrido en la centuria pasada. Por mi parte, citaré algunos trabajos, en ese mismo sentido, referidos a los siglos XVIII y XIX: P. RUIZ TORRES, *Historia del País Valenciano*, t. VI, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 5-384; "El País Valenciano en el siglo XVIII: la transformación de una sociedad agraria en la época del absolutismo"; en R. FERNÁNDEZ, ed., *España en el siglo XVIII. Homenaje a Pierre Vilar*, Barcelona, Crítica, 1985; "Los señoríos valencianos en la crisis del Antiguo Régimen: una revisión historiográfica", *Estudis d'història contemporània del País Valencià*, núm. 5, València, 1984, pp. 132-249. Entre las numerosas publicaciones de Jesús MILLÁN, véase la reciente síntesis "Els inicis revolucionaris de la societat valenciana contemporània. Revolució, canvi social i transformacions econòmiques, 1780-1875", en J. AZAGRA, E. MATEU y J. VIDAL, ed., *De la societat tradicional a la economia moderna. Estudis de historia valenciana contemporània*, Alicante, Inst. Juan Gil Albert, Diputació Provincial de Alicante, 1996, pp. 125-162. El libro colectivo también contiene otros trabajos, la mayoría de ellos de historia económica de los siglos XVIII y XIX: sobre la industrialización (Lluís Torró, J. A. Miranda, J. Palafox), la agricultura y la industria rural (M. Ardit), la modernización demográfica (J. Bernabeu), la evolución de la agricultura (E. Mateu y S. Calatayud), la urbanización (J. Azagra, J. Sorribes), el crédito y la banca privada (T. Hernández), los burgueses valencianos (J. Serna y A. Pons), el impacto de los ferrocarriles (J. Vidal) y el pensamiento económico (V. Lombart y P. Cervera).



el nacionalismo dejen definitivamente de relacionarse tan estrechamente como lo han hecho hasta ahora. Joan Fuster escribió que “som molts els homes del món –i, ai!, a la mateixa Europa i tot– que ens sentim nacionalistes perquè els altres no ens permeten deixar de ser-ho”<sup>35</sup>. Quizás llegue un día en que esa necesidad se debilite con ayuda de un nuevo tipo de historia.

---

<sup>35</sup> “La cancelació dels nacionalismes?”, recogido en el libro *Contra el nacionalisme espanyol*, Barcelona, Curial, 1994, p. 229.



## NACIONALISMO E HISTORIA

CARLOS FORCADELL (ED.)

Juan José Carreras	Manuel G. de Molina
Ignacio Peiró	Pedro Ruiz
Javier Corcuera	Carlos Forcadell
Pere Anguera	Ramón Villares

INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO»  
*Excma. Diputación de Zaragoza*

**Carlos Forcadell (ed.)**

**NACIONALISMO E HISTORIA**

CARLOS FORCADELL (ED.)

Juan José Carreras	Manuel G. de Molina
Ignacio Peiró	Pedro Ruiz
Javier Corcuera	Carlos Forcadell
Pere Anguera	Ramón Villares

# NACIONALISMO E HISTORIA



INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO» (C.S.I.C.)  
*Excma. Diputación de Zaragoza*  
Zaragoza, 1998

Publicación número 1.976  
de la  
Institución «Fernando el Católico»  
(Excma. Diputación de Zaragoza)  
Plaza de España, 2  
50071 Zaragoza  
Tff.: (34) 976 28 88 78/79 - Fax: 976 28 88 69  
ifc@mail.sendanet.es

#### FICHA CATALOGRÁFICA

*Nacionalismo e Historia*: [curso organizado por el Dpto. de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, en abril de 1997] / Coordinador: Carlos Forcadell.- Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», 1998.

172 p.; il.; 24 cm.

ISBN: 84-7820-467-9

I. Nacionalismo-Congresos y asambleas. I. Título. II. Forcadell, Carlos, coord. III. Institución «Fernando el Católico», ed.

© Carlos Forcadell

© De la presente edición, Institución «Fernando el Católico»

ISBN: 84-7820-467-9

Depósito legal: Z-3.389/98

Preimpresión: Ebro Composición, S. L.

Impresión: Octavio y Félez, S. A. - Zaragoza

---

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

## ÍNDICE

Nota preliminar. <i>Carlos Forcadell Álvarez</i> .....	5
De la compañía a la soledad: el entorno europeo de los nacionalismos peninsulares. <i>Juan José Carreras Ares</i> .....	7
Valores patrióticos y conocimiento científico: la construcción histórica de España. <i>Ignacio Peiró Martín</i> .....	29
Historia y nacionalismo en el caso vasco: De la invención de la Historia a los derechos que de la Historia se derivan. <i>Javier Corcuera Atienza</i> ..	53
Nacionalismo e Historia en Cataluña: Tres propuestas de debate. <i>Pere Anguera</i> .....	73
El andalucismo político 1915-1998. ¿Un andalucismo imposible? <i>Manuel González de Molina</i> .....	89
Nacionalismo y ciencia histórica en la representación del pasado valenciano. <i>Pedro Ruiz Torres</i> .....	117
Las fantasías históricas del aragonesismo político. <i>Carlos Forcadell Álvarez</i> .....	143
Reflexiones sobre la Historia y su enseñanza. <i>Ramón Villares Paz</i> .....	161